

FAN
XIX
509

LA ONZA DE ORO

•Y

LA "PERRA CHICA,,

POR

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA



SEVILLA
Estab. Tip., Monsalves, 17
1800

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

860-3
OSU
onz

LA ONZA DE ORO

Y

LA "PERRA CHICA,"

LA ONZA DE ORO

Y

LA "PERRA CHICA,,

POR

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA



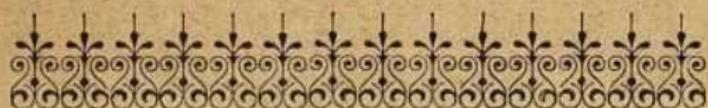
R. 17. 237

SEVILLA

Estab. Tip., Monsalves, 17

1899





Era *pelucona*. Su busto, el de Felipe V; su año, el de 1738; su peso, una onza corrida; su color, el del oro mejicano; su sonar, grave y atractivo; sus letras, de forma elegante y de pronunciado relieve; su aspecto, distinguido y aristocrático. Era, en fin, *una señora onza de oro*. Y de su moralidad, á lo menos, de su moralidad aparente, no digo nada: por el anverso hablaba de la gracia de Dios (*Dei gratia*), y en el reverso, amén de lucir una crucecita sobre la corona real, ostentaba en su circunferencia, junto al bien labrado cordoncillo, aquella tan sabida máxima del libro de los *Proverbios: Initium sapientie timor Domini*.

Yo holgué mucho de que aquella respetable onza viniese á mi poder, lo primero, porque al adquirirla me hallaba dueño de dieciseis duros nominales y de veinte efectivos: en estos endiablados tiempos, casi una fortuna; lo segundo, porque nunca hasta entonces había yo poseído—ni siquiera visto, con rubor lo confieso—una onza *pelucona*, habiendo, entretanto, felices mortales que, según se dice, las apalean; y lo tercero y principal, que no siempre ha de ser lo principal lo primero, porque aquella moneda, que enseñaba virtud con letras de oro y con promesas de goces, y no con exhortaciones á cosas desabridas como el ayuno y el cilicio, no debía de haber andado sino en manos muy buenas y honradas. Además, aquello de tener lección y dinero, todo en una pieza, parecíame algo como un imposible realizado.

Con el solícito amor con que una madre coloca á su niño dormido sobre la mullida colchoneta de la cuna, alojé la magnífica onza en un bolsillo de mi chaleco, junto á una humilde *perra chica*, que debió de esconderse en el último rincón, avergonzada de su insignificancia. Me recogí temprano, porque no está bien al hombre rico trasnochar, y al

acostarme coloqué mi ropa en una silla, al alcance de mi mano, y me dispuse á conciliar el sueño.

No pude conciliarlo: desveláronme un extraño rumorcillo, primero, y después unas palabras dichas en voz baja: la *pelucona* se dignaba de trabar colloquio con la *perra chica*.

Me senté en la cama y apliqué el oído. He aquí, *plus minusve*, el diálogo de entrambas monedas:

—Y bien, la noche es larga y no tengo sueño. Estoy verdaderamente aburrída. ¡Aaaah..! Prescindiré de mi rango y hablaré contigo.

—Señora, en eso mismo estaba pensando; pero no me había atrevido á proponérselo, aunque, por hoy, pernoctamos en una misma posada. ¡Valéis tanto y valgo tan poco...!

—No importa. Virtud es en el grande honrar al pequeño descendiendo hasta él. Porque, de otro modo, ¿cómo cruzara yo contigo mi palabra, cuando valgo la friolera de mil quinientas noventa y nueve veces más que tú?

—Lo sé, mi respetabilísima señora, y porque lo sé me anonada la inmerecida honra que me concedéis. Había oído hablar de vos como del fénix y del basilisco; creí que no existíais; tan le-

jos andais de la plebeya multitud. Y ahora que, por rara dicha, os admiro á mi lado, quiero decir, me admiro al lado de vuestra augusta rubicundez, y siento que vuestro limpísimo oro se roza con mi sucio cuerpecillo de bronce, y advierto que vuestra elocuente palabra se cruza con la mía desaliñada y torpe y entrecortada por la emoción, siento así como un vahido de gratitud y no sé qué admirar más: si vuestra hermosura ó vuestra modestia.

—Bien; déjate, muchacha, de cumplimientos y sabe—acá para *inter nos*—que no es oro todo lo que reluce.

—¿Cómo, señora? ¿Seréis quizás falsa?... ¡Es increíble!

—No me has entendido. Quiero decir que debajo del sayal hay ál; que no soy lo que parezco; que no todo es grandeza en los grandes; que, apesar de este brillo que admiras, tiene mi historia puntos negros, muchos puntos negros, que me avergüenzan. Yo, muy contra mi gusto, no soy una moneda honrada: parézcome á esas ramerás de la *high-life* de la prostitución, bellas, jóvenes, de perfumado cutis, pero de corazón podrido.

Y la onza prorrumpió en sollozos, quedaba lástima oirla, mientras que la

moneda de bronce, con voz entrecortada, repuso:

—Señora, ¿quién había de pensar que fueseis desdichada? Ahora me interesais más que antes. Yo, como hija del pueblo, soy muy propensa á compadecer al que llora, sea quien fuere, y á llorar con él. Si de algún modo puedo aliviaros del peso que os angustia...

—¡No, no es posible! ¡Qué de buena gana me trocaría por ti! Tú debes de ser una muchacha honrada.

—Señora, lo soy, aunque me esté mal el decirlo. Pero ¿qué os aflige? Contadme vuestras cuitas. No es importuna curiosidad lo que me mueve á suplicároslo, sino el deseo de vuestro desahogo. Dicen que pena comunicada, medio consolada.

Dió la onza un suspiro, calló unos instantes, como para repasar sus memorias y, después de suspirar de nuevo, dijo:

—Tienes razón, buena muchacha: comunicando las penas que nos ahogan parece como que pierden en intensidad cuanto ganan en extensión. Esta es ley moral, á la par que física: así amengua el ímpetu de los ríos caudales cuando se desbordan. Escucha y compadéceme.

—Señora, soy toda oídos.

— Del origen de mi oro tengo noticias escasas, pero bochornosas. Sé que á quien lo extrajo de las profundidades de la tierra se le mandaba á latigazos; que cada adarme de mi substancia costó mil gotas de sudor y cien lágrimas de amargura; que soy exigua parte de unas barras puestas á recaudo, allende el mar Atlántico, por un español codicioso, á quien otro español, por arrebatárselas á mansalva, hizo ahorcâr, después de unas fementidas apariencias de juicio, como traidor á su rey. ¡Oh, qué negra prosapia! Reinando Felipe II, trajo á la Metrópoli aquellas barras la flota de Indias; las barras convirtiéronse de allí á poco en relucientes escudos, con los cuales aquel rey tan discutido, tan ultrajado, pagó sus soldadas á las milicias que, así en Italia como en Flandes, así en el África como en Portugal, glorificaban el nombre español. Hecha escudos anduvo la materia de que estoy formada; en manos, no en bolsillos, de soldados anduvo mi oro; que rameras y usureros se lo llevaron muy luego. El placer inocente se compra con cobre; el placer honesto suele costar plata; el vicio necesita oro, pues lo

que menos vale es lo que cuesta más caro.

—¡Cuán razonablemente pensais!— interrumpió con acento de sinceridad la humilde interlocutora.

—De aquella mi primera vida— prosiguió la onza—no tengo sino reminiscencias vagas. Recuerdo, por asomos y vislumbres, que una de las moléculas que me componen oyó cierto día á un clérigo este refrán: *Camino de Roma, ni mula coja ni bolsa floja*; que otra excitábase con horror, como quien tiene una pesadilla: «¡Asesino! ¿Á tu padre...?» y que, otra, en fin, refería de pe á pa cierta estupenda historia en donde sonaban á cada momento las palabras: *¡Gibraltar! ¡Utrecht! ¡Vergüenza!*

Con tales levaduras me fundieron y me llevaron al troquel en 1738; por ver de preservarme del diablo, que ya tenía muy buena parte en mí, pusieronme la crucecita que ostento, y porque anduviese por esos mundos predicando moral, estamparon en mi reverso una máxima acerca del santo temor de Dios. ¡Todo inútil! Acuñada fuí en pecado y para el pecado. Cierta que en algunas ocasiones he servido para cosas lícitas y sido honroso producto del trabajo y compendio y cifra del año.



rro; cierto que, á las veces, he enjugado las lágrimas de la miseria y hecho verter las del noble agradecimiento; pero por las palabras que llevo sobre mí puedo contar esas alegrías, y sobrarán palabras. En cambio, ¡en cuántas vilezas he intervenido! ¡Cuántos males he causado! Como el funesto galán de la leyenda sevillana, y fuera de esas contadas excepciones,

Por donde quiera que fui
La justicia atropellé,
La virtud escarnecí,
Y en todas partes dejé
Memoria amarga de mí.

¿Á qué referirte las negras historias de que, sola ó con otras compañeras tan malaventuradas como yo, he sido alma y origen? Sin voluntad propia, esclava de mis dueños, codiciada vehementemente por los que no me poseían, instrumento dócil y tentación sonora para todos, yo he sugerido á Celestina ardides infernales para que miles de doncellas tropiecen y caigan en el abismo de la prostitución; yo he puesto el puñal en las manos del asesino, empujándole hacia su inerme prójimo; yo he aguzado los ingenios para que tergiversen y trabuquen con habi-

lidad diabólica los textos de las leyes, á fin de que, en ocasiones, la injusticia triunfe de la razón; yo he roto las alas á Cupido y despuntado sus flechas; yo he levantado sobre marmóreos pedestales estatuas de hombres que debieron mostrarse á las gentes en las plazas públicas, sí, pero en afrentosos patíbulos; yo perturbé el hogar y lancé á los hermanos contra los hermanos y á los hijos contra los padres ¡que tanto puede la codicia!; yo hice insoportable el orgullo del rico y vergonzosa la miseria del pobre; yo, en fin, cometiendo, siempre empujada por la maldad de los hombres, los más atroces delitos, y siempre, no obstante, querida y codiciada de ellos, acabaré por aniquilar las conciencias y por petrificar los corazones. Nada quedará de divino entre los humanos. Todos israelitas, en balde Moisés fulminará sobre ellos las más tremendas amenazas: no habrá medio de que vuelvan á acatar y venerar la ley de Dios.

¡Funesto influjo el mío! Aun haciendo el bien, soy fuente del mal. Aun quien me gana honradamente hace derramar acerbos lágrimas. Aquí me tienes bien venida: producto soy ahora del trabajo, del loable esfuerzo; maña-

na habré proporcionado á este bachiller de quien somos, y á su mujer y á sus hijos, vituallas y ropas; pues, con todo eso, llorando queda una infeliz familia: la deuda, el embargo, la venta en subasta de un triste casucho y de un desmedrado apero me han traído aquí.

¡Mal haya mi hermosura! ¡Mal haya lo que valgo: lo que dan en decir que valgo! ¡Maldito sea mi pernicioso influjo! ¡Edad dichosa aquella en que el oro, metal inútil para abrir el pródigo surco, dormía tranquilo sueño en las entrañas de la tierra!—

Y la onza, cuya voz habían solido entrecortar los sollozos durante este relato, rompió á llorar desconsoladamente.

—Señora, infeliz señora,—díjole la *perra chica*, con acento en que se traslucía una muy sentida compasión. — No os acongojéis. Vos no tuvisteis la culpa de ninguno de esos grandes crímenes. Vos sois buena: harto lo dicen vuestras lágrimas. Los malos son los hombres. Serenaos y tened sabido, pues siempre eso consuela, que me apesadumbro con vos. Acá, las gentes del paeble, somos así, ya os lo he dicho: la desgracia ajena nos llega al alma to-

davía más que la propia. Porque el sufrimiento y la pobreza siempre fueron hermanos y nadie se extraña, ni se compadece, al verlos ir juntos; pero que pase penas un rico... Héme aquí llorando por vuestras desdichas, cuando por las mías nunca me apuré gran cosa.

—¡Bien se echa de ver, buena muchacha,—contestó la onza, algo mitigado su pesar—que tu corazón es excelente! Dios te pague esas palabras, que caen sobre el mío como rocío del cielo. Y ahora que sabes mi historia, cuéntame la tuya. Maravillada estoy de cómo vales tan poco, *valiendo* tanto. ¿Por qué te llaman *perra chica*? ¿Dónde naciste? ¿Haces el bien á pesar de tu pobreza?... Habla, y no me llames señora; que me tendré por muy contenta con que me llames tu amiga.

—Gracias, muchas gracias por el favor; sed mi amiga, muy norabuena; os creeré tal, pero así no he de llamaros si diez veces me lo mandaseis. Sé que hay y que debe haber clases en el mundo. Los dedos de la mano son, y no son iguales. Aborrezco el servilismo, pero entiendo de respetos y gerarquías. Y pues queréis que os cuente mi historia, obedezco. No es larga ni interesante; no hay en ella grandes virtudes ni

grandes vicios. Pero á fe á fe que no me tengo por harto infeliz, pobre y todo, tal como soy. —

Y, después de un momento de pausa, continuó:

—Terminada la guerra de África, no esta última quisicosa de Melilla, sis no aquella inolvidable guerra cuyos pormenores se resumen en los inmortales nombres de O'Donnell, Prim, Echagüe, Zabala y otros tan gloriosos, unos cañones que habían atronado los valles africanos, sembrando la destrucción y la muerte entre las feroces hordas marroquíes, fueron arrumbados en nuestros parques. Bizarros inválidos eran, pero años después dióseles lo que el vulgo llama *el pago del capacho*. También se da ese pago á los hombres. ¿Sirvieron, pero ya no sirven? Pues ¡á quemarlos, ó, cuando menos, á tirarlos al muladar! De uno de aquellos cañones procedo. Llevo infiltrado en todo mí sér el grito en que prorrumpían en Africa nuestros soldados: el sublime grito de «¡Viva España!» Acuñáronme el año de 1870; pero en solos diez el león español había venido tan á menos, tan escuchimizado y canijo se hallaba, que, al retratarlo en la moneda nadie creyó que león fuese; ni siquiera perro

pareció: *perra* le llamaron. ¡Qué vergüenza! De ahí mi apodo.

Como vos, instrumento soy; no hago lo que quiero; soy lo que quieren hacer de mí. Oscura, pequeña, á nadie inspiro codicia. Nunca tenté al ladrón. No vivo á sombra de tejado, ni, menos, escondida en el gato del estúpido avariento, ni en la caja de hierro del aprovechado mercader. Tostadilla me tienen el aire y la luz del sol; que ando de mano en mano, sin lograr, y aun sin apetecer, punto de reposo. Vos sois dama que vive entre olores de perfumería; yo soy, ó suelo ser, labradora á quien olean las brisas de los campos, las brisas que huelen á romero y tomillo, á mastranzos, alhucema y azándar: así somos, señora, vos tan amarilla y yo tan morena. Yo, aislada, valgo bien poco, pero sirvo para mucho; otra y yo, aunadas nuestras fuerzas, damos el panecillo al hambriento: le damos la vida. Aun sola, vivo para socorrer esas pequeñas necesidades que son las mayores urgencias humanas. ¡Con qué poco quiso Dios que subsistiera el hombre, y cómo éste ha trocado los frenos y hecho de lo principal lo accesorio y de lo accesorio lo principal! Comer y vestir como Dios manda bien

poco cuesta; vestir y comer como mandan los hombres, ¡cuesta tanto...! El mundo ha roto con la felicidad.

Divago. Decía, ó iba á decir, que soy la limosna chica pero frecuente: más sedes aplaca el modesto arroyuelo que el torrente que muere al cesar la recia lluvia. Soy el chorrillo de aceite que hace pasadero el manjar del pobre; la hebra de hilo ó de bramante con que remienda la humilde ropa, traidísima de tan llevada, que le preserva de los rigores del invierno; la sabrosa golosina que hace sonreír al niño que convalece; el agradable cigarrillo que solaza al trabajador en el rato de descanso; el óbolo con que la piedad cristiana se muestra lealmente agradecida ó candorosamente pedigüena á la bondad de Dios... Y cuando no estoy sola, cuando me acompañan algunas de mis hermanas, somos el jergón en que el labrador reposa hasta que apunta el día; y el alquiler del cuarto en que le aguarda, con la cazuela humeante y el mantelillo remendado y limpio, la fiel compañera; y el pobre vestido nuevo con que cubren sus carnes; y la medicina que devuelve la salud al enfermo... ¡Oh, tú cuestas—y aquí hablaba con orgullo.

por primera vez en su vida, la monedilla de bronce,—tú cuestras maldiciones y llantos; yo gano sonrisas y bendiciones! Pero...—

Calló de pronto la *perra chica*. Sollozaba. Poco le había durado la soberbia: la soberbia y la alegría duran poco en la casa del pobre.

—¿Qué te sucede?—preguntó con vivo interés la moneda de oro.

Y tristemente prosiguió la de bronce:

—Pero... ¡también me hacen servir para lo malo. ¡Qué infamia! La caridad pública va á menos, porque se ha hecho materia de indigna explotación. Barajados y confundidos andan por el mundo el desdichado y el haragán, que no hay quien distinga al uno del otro; aquílanse los niños ¡horrible industria! para pedir limosna de puerta en puerta; miéntense desgracias y enfermedades y visibles lacerias, y ¡cuántas veces quien cree darme al infeliz me da al discípulo de Monipodio! Y ¡cuántas otras quien teme darme al hampón no me entrega al hambriento! ¡Cuántas me lleva á la taberna, al garito, al lupanar, quien me pidió, ó me cobró, para llevarme á la panadería! ¿Sonrisas dije? ¡De cuántas lágrimas soy testigo, y de cuántas miserias trágico fin!..

Cierto que mil veces, al alborear, fui precio de la copa de aguardiente que, amílico y todo, amengua el frío al trabajador, agasajo que le aviva el contento y le reanima las fuerzas; pero en ocasiones...—ved, señora, si yo, á quien considerais feliz, soy poco desgraciada! —en ocasiones, lleno por última vez la copa del desesperado; le acentúo, llenándola, la atroz resolución que flaqueaba todavía; pongo en sus manos el arma con que satisface el rigor de unos enconados celos, de un odio infernal ó de un irresistible cansancio de la vida... ¡Infortunada de mí! ¡Ni mi pobreza y mi insignificancia, con ser tan grandes, me eximen del horror de causar el mal! ¡Somos, señora, igualmente desventuradas...!

Lloraba á más no poder, la *perrachica*; lloraba á no poder más la onza de oro. Faltábanles palabras; sobrábanles pesares.

Yo, que había escuchado su prodigioso diálogo (prodigioso, porque no es cosa corriente que las monedas *hablen*, aunque lo es mucho que las monedas *hagan*) y admirádome sobremanera de que así confraternizasen los ricos y los pobres, tuve pena de ambas y díjeles: —Sois dos monedas honradísimas y

en el alma os agradezco la muy saludable enseñanza que, aun sin imaginarlo, me disteis. Andando el tiempo, no mucho tiempo, no quedará aquí piedra sobre piedra, no sólo en España, sino en las naciones europeas pobres, en donde *no se deja producir á los productores* y en donde hacerse rico es hacerse amo. Los hombres dejaron de ser hermanos. Ya no es fácil la vida. Cada cual necesita más de lo que tiene: reclaman imperiosamente, como furiosos déspotas, el lujo, la apariencia vana, las necesidades facticias, las concupiscencias todas. ¡Y no tenía camisa el hombre feliz de la leyenda! ¿Quién es el embustero que afirma que se ha librado enteramente del contagio?... La Fe y la Esperanza se han perdido; la Caridad se va perdiendo. ¡Bien vengas, si es que puedes venir bien, siglo próximo! Todo tu vapor, toda tu electricidad, todas tus filosofías y filantropías, todo cuanto inventes y descubras, ¿logrará el ideal supremo de hacer felices á los hombres?...—

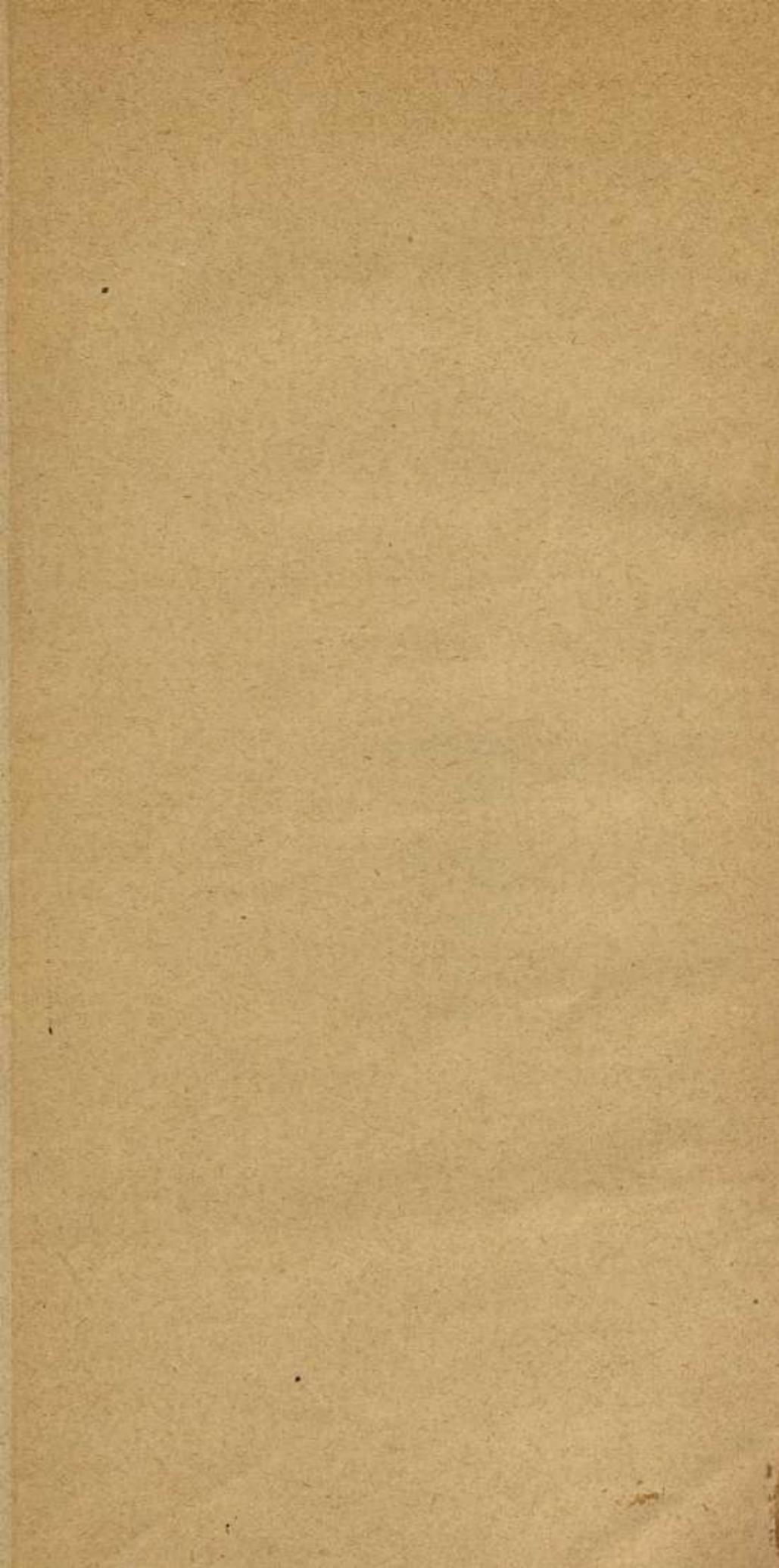
En esto, desperté. Adormilado aún, cogí mi ropa; registré los bolsillos. En uno de ellos dormía, con el sueño del bronce, á solas y á sus anchas, una *perra chica*.

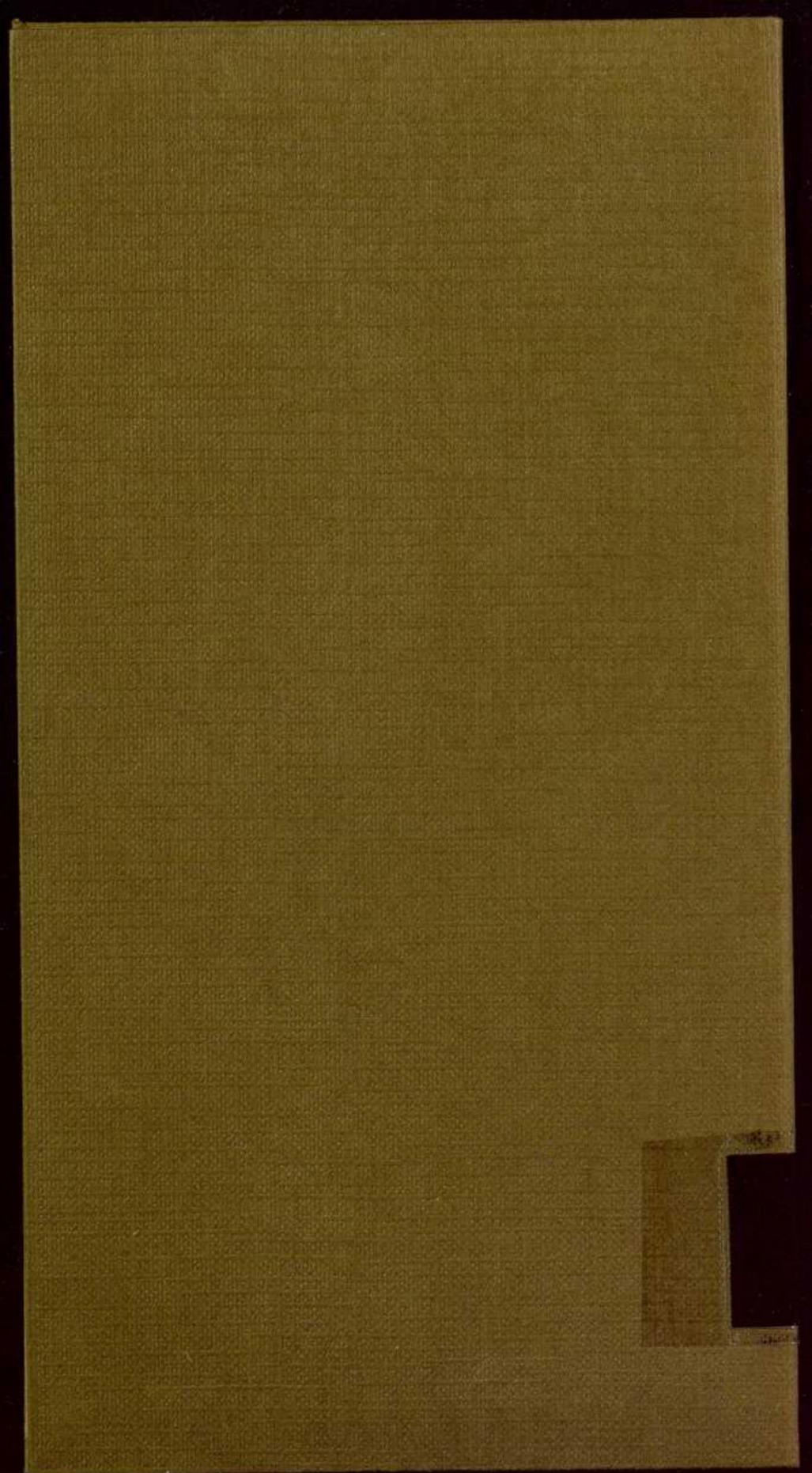


¿La onza?... No habíá tenido yo tal onza de oro.

¡Para tener onzas de oro están los tiempos!







FAN
XIX
509